

## Caracterización lingüística del personaje a lo largo de la producción cuentística de Miguel Delibes

María José Talavera Muñoz  
(Universidad de Alicante)

### Resumen

Uno de los mayores logros de la narrativa de Miguel Delibes es la caracterización verosímil del personaje a través de la variedad lingüística empleada por el mismo. Adecuar el lenguaje que emplea un personaje a la condición social y geográfica del mismo es uno de los hallazgos más complejos de entre todos los recursos narrativos presentes en la obra de Delibes. A través de este recurso, el autor consigue unos personajes cargados de una gran verosimilitud y logra que el lector los identifique como personas reales, que no sólo sufren conflictos fácilmente identificables en el alma humana, sino que los expresan del mismo modo que lo haría cualquier vecino de Sedano o Villanueva de Duero, en el caso de los personajes rurales; o de Valladolid o Salamanca, si se trata de personajes urbanos. Delibes busca siempre una finalidad ética en sus obras y para ello representa personajes desprotegidos, humillados u olvidados y no sólo recrea con ellos conflictos que despierten la conciencia del lector, sino que los presenta en un ambiente realista en el que junto al paisaje o entorno descrito y la situación personal trazada, el lenguaje consigue completar la entidad del personaje y otorgarle un hálito vital excepcional que capta de una manera más eficaz la atención del lector y consigue que se identifique con el sufrimiento del protagonista.

Se han dedicado numerosos y extensos estudios a analizar la producción novelística de Miguel Delibes, pero la atención que ha recibido por parte de la crítica su producción cuentística ha sido bastante menor, aún cuando en ella se haya el germen de muchos de los argumentos y personajes de sus más importantes novelas. Así, el cuento *La milana*, anticipa con las peripecias de su protagonista, Azarías, los trazos del mundo extremeño que más tarde quedará plasmado en *Los santos inocentes*; o *El traslado*, cuento perteneciente a la colección *La partida*, anuncia ya las sensaciones que embargarán al viejo Eloy, de *La hoja roja*, al tomar conciencia de su realidad tras la jubilación; así también, *El amor propio de Juanito Osuna*, perteneciente a la colección *La mortaja*, muestra un soliloquio al estilo de Menchu en *Cinco horas con Mario*; y *El conejo*, cuento de esta misma colección, presenta ya a dos de los hermanos que aparecerán en *El príncipe destronado*. Y es que para Delibes es suficiente el breve espacio en que se configura el cuento, para trazar todo un mundo a partir de mínimos detalles profundamente significativos. El mismo Delibes ha llegado a afirmar: “en el cuento, [...] basta una viñeta sensible del personaje central para imprimir a la narración un hálito de vida” (Delibes 1994: 13-14). De ahí que el trazo con que el autor crea personajes y peripecias en sus cuentos presente la suficiente entidad como para hacernos ver en estas narraciones la complejidad de toda una vida. No en vano, Gonzalo Sobejano, al aproximarse a este género, ha llegado a afirmar: “Lo que define al cuento literario moderno, desde 1880

aproximadamente hasta hoy, parece ser, más que ninguna otra cosa, su condición partitiva: su capacidad para revelar en una parte la totalidad a la que alude” (Sobejano 1987: 53). Y, en efecto, Delibes traza en sus cuentos universos que en algunos casos serán descritos de manera más extensa en varias de sus novelas, aunque su esencia ya esté completa en el relato inicial.

Uno de los rasgos que contribuyen a la riqueza de los mundos configurados en sus cuentos es la caracterización verosímil de sus personajes. Y el principal recurso que utiliza Delibes para ello es la fiel recreación del lenguaje. Es tal el conocimiento que el autor posee de la lengua castellana en todas sus variedades, que tanto los personajes urbanos como los rurales cobran entidad a través de su expresión lingüística. Y es tal la maestría que el autor vallisoletano ha alcanzado en el manejo de este recurso, que hasta el narrador de sus relatos en tercera persona se contagia del lenguaje del protagonista y, como consecuencia, de su visión del mundo.

No obstante, este proceso de plasmación del habla acorde a cada personaje se ha desarrollado en una serie de etapas. Concretamente en la narrativa breve delibesiana, se aprecia cómo en los primeros cuentos los personajes utilizan un lenguaje más estándar independientemente de su condición. Conforme avanzan los años, Delibes experimenta en mayor medida con el lenguaje y dota a sus personajes de unas peculiaridades lingüísticas cada vez más fieles a la realidad. Esto está relacionado con la finalidad que persigue Delibes en cada una de sus obras: reflejar lo más fielmente posible la realidad, con el fin de que el lector se identifique con el mundo que se le presenta en el relato, lo sienta totalmente verosímil y pueda penetrar en él la carga moral que contienen las acciones y situaciones que lo configuran.

En los cuentos que contiene la colección de *La partida*, de 1954, no se aprecia una gran diferencia entre el lenguaje que utiliza el narrador y el empleado por los personajes. Se trata de personajes ubicados en un entorno urbano y el tipo de expresión que emplean es estándar, quizás con alguna frase hecha de tono coloquial, pero, en general, no se aprecian vulgarismos ni efectos propios de la expresión oral como titubeos, faltas de concordancia o muletillas. En algunas ocasiones se observan diferencias expresivas entre la plasmación de los pensamientos de un personaje y el habla que emplea cuando se dirige a otros personajes. Por ejemplo, en el caso del protagonista de *Una peseta para el tranvía*, cuando expresa sus pensamientos el lenguaje es más informal que cuando es el propio personaje el que se expresa en conversación con otros. Un ejemplo de expresión de pensamiento sería “[...] si pesco a correr voy a ponerme como una sopa [...]” (Delibes 2006: 61) cuyo lenguaje informal contrasta con la elaborada pregunta que, acuciado por la prisa, le lanza a su amigo Luis ante la pretensión de

este de enseñarle las fases de elaboración de un periódico: “[...] ¿es largo el proceso de una noticia?” (Delibes 2006: 66). Con ello Delibes intenta reflejar con mayor verosimilitud la relajación del lenguaje cuando este es aún pensamiento y no ha tomado cuerpo en palabras lanzadas a un interlocutor.

Ocurre, sin embargo, lo contrario con el protagonista de *El manguero*, quien utiliza expresiones vulgares cuando se dirige al resto de personajes y, sin embargo, sus pensamientos son expresados por el narrador desde una variedad lingüística más formal. Un ejemplo de expresión oral del manguero sería “-Anda al quite, chavala. Te voy a mojar” (Delibes 2006: 77), mientras que sus pensamientos son expresados por el narrador con una variedad más formal: “[...] pensó que el uniforme era una cosa superflua [...]” (Delibes 2006: 78).

En cuanto al lenguaje empleado por los niños, en esta primera colección aparece en boca de los protagonistas de dos relatos: *El refugio* y *La contradicción*. En ambos la variedad lingüística empleada por los protagonistas es más formal de lo que se espera para su edad. El protagonista del primero realiza la siguiente pregunta con toda formalidad a la edad de trece años: “¿Recuerda usted la cajita que prometió a mi hermana Cristeta si se comportaba bien?” (Delibes 2006: 60). Y el muchachito del segundo responde de este modo a una de las preguntas de sor Matilde: “¡Oh, no! Ella reside aquí [...]” (Delibes 2006: 101). A pesar de esta forma de hablar formal, en el protagonista de *La contradicción* se observa una tendencia mayor al coloquialismo en expresiones como: “El del camión vino por mí, madre. Eso no hay quien me lo quite de la cabeza” (Delibes 2006: 101).

En la colección de *Siestas con viento sur*, publicada en 1957, se aprecia ya un mayor realismo en la plasmación de un lenguaje acorde a la naturaleza de los personajes. Aunque el narrador aún no se encuentra imbuido de la forma de hablar de los personajes, como ocurrirá más adelante, estos ya poseen una expresión propia. En *El loco* aparece como narrador en primera persona el propio protagonista, de ahí que no existan diferencias entre el habla del personaje y el del narrador. El protagonista es un oficinista que emplea un lenguaje correcto, estándar, en expresiones como: “Anduve un buen rato sin rumbo, hasta que me vi en un rincón solitario y desconocido” (Delibes 2006: 132), que no contrastan apenas con las del resto de personajes, pertenecientes a su mismo contexto vital. En *Los nogales* es donde se aprecia en mayor medida la caracterización lingüística acorde a la condición de los personajes. Así, el personaje de Nilo, el viejo, afirma con expresión popular: “No pensarás darme la murga toda la noche” (Delibes 2006: 203). Se trata de un relato contextualizado en una zona rural, de escasos medios y con personajes sin formación, de ahí que contraste la variedad lingüística que presenta con la empleada en el primer relato y en el tercero, *Los*

*raíles*. En este último aparecen dos protagonistas, Tim y su abuelo Teo, personajes urbanos con un lenguaje más estándar, en especial el primero, que estudia unas oposiciones para abogado y que se expresa del siguiente modo ante la traición de su novia: “En la vida fallan las cosas que uno considera más sólidas” (Delibes 2006: 273).

No obstante, a partir de esta colección, Delibes consigue profundizar aún más en las peculiaridades del habla popular propia, sobre todo, de zonas rurales. En los relatos de las siguientes colecciones es más frecuente la ubicación de los personajes en un medio natural.

Así en *Viejas historias de Castilla la Vieja*, de 1964, aunque presenta un narrador que es el propio protagonista, Isidoro, que cuenta en primera persona los episodios que ha vivido en su pueblo y, por tanto, no contrasta con otro narrador, se aprecia un perfeccionamiento en la caracterización lingüística de los personajes de acuerdo a su idiosincrasia. Isidoro abandonó el pueblo hace cuarenta y ocho años y, a su vuelta, recuerda los episodios más importantes que ha vivido en el lugar que siempre ha añorado, y al que ha acabado regresando. El habla de Isidoro refleja ciertos vulgarismos, pero no son tan acusados como los de otros personajes. Esto es debido a que Isidoro, antes de marcharse definitivamente del pueblo, había llegado a estudiar Bachillerato en la ciudad. Lo que no evita que, de tanto en tanto, realice alguna expresión vulgarizada, siempre dentro de una globalidad lingüística que demuestra cierto grado de formación. Así podemos observar construcciones como: “Ya en el año cinco, al marchar a la ciudad para lo del bachillerato...” (Delibes 2006: 284), con una destacada elipsis propia de un habla relajada, en contraste con otras expresiones mucho más elaboradas: “Aún recuerdo el ulular del viento en el soto, su rumor solemne y desolado como un mal presagio que inducía a las viejas a persignarse” (Delibes 2006: 310), expresiones estas que denotan una voluntad de embellecer lo descrito a través del lenguaje meditado. Sin embargo, en algún otro personaje, como es el caso del Aniano, que nunca ha salido del pueblo y posee un grado de formación inferior al de Isidoro, se observa un habla mucho más vulgar: “Voy a la capital. ¿Te se ofrece algo?” (Delibes 2006: 283).

En *La caza de la perdiz roja*, publicada en 1963 y luego incluida en la colección anterior, sí se aprecia la diferencia entre el habla del narrador y la del protagonista, y además, entre la de este y la de su interlocutor. El Barbas es un cazador perdicero experimentado, de arraigadas costumbres transmitidas de generación en generación. Posee un habla popular que delata sus orígenes y contrasta con el del personaje del cazador, trasunto de Delibes, que demuestra su formación hablándole de las teorías de Ortega y Gasset sobre la experiencia de la caza. Aparece, además, un narrador culto que en cursiva se refiere al contexto en que se desarrolla la conversación entre estos dos personajes y, sin cursiva, reproduce las teorías de

Ortega, las mismas que el cazador cuenta al Barbas. De modo que, mientras el cazador utiliza una modalidad culta: “No hablo de lo que es sino de lo que debería ser” (Delibes 2006:345), el Barbas se expresa de una manera más relajada, con elipsis y faltas de concordancia: “Si lo que quiere su amigo, el señor Ortega ese, es que haya poca caza, que aguarde de aquí a diez años. Para entonces todo escoñado. Y si no, al tiempo” (Delibes 2006: 355). Y el narrador continúa con su estilo elevado y bien meditado, tanto si se refiere a las teorías sobre la caza como al contexto de la conversación: “La escarcha descende mansa, calladamente sobre el páramo y de vez en cuando crepita levemente el rastrojo” (Delibes 2006: 355).

En la colección de *La mortaja*, aparecida en 1970, aunque el cuento del mismo título es anterior, se aprecia, en general, la presencia de un narrador que hace uso de una variedad estándar de la lengua. En ocasiones contrasta con el lenguaje sencillo de los personajes ubicados en ambiente rural. En otras ocasiones, su intervención es mínima y apenas se pueden apreciar diferencias entre él y otros personajes, ya sean rurales o urbanos, como ocurre en *Navidad sin ambiente*. Este es un relato configurado a partir del diálogo que mantienen unos familiares alrededor de la mesa, en el que el narrador sólo intercala pequeñas apostillas sobre los movimientos y actitudes de los personajes (Delibes 2006: 465):

- Ella nunca ponía el niño de esa manera –dijo Chelo al sentarse a la mesa.
- Es lo mismo; cámbialo. Ni me di cuenta.
- Cati se pasó delicadamente las manos por las mejillas sofocadas.
- Sentaos –dijo.
- Raúl y Tomás hablaban junto a la chimenea.

Hay, además, dos relatos de esta colección, *El amor propio de Juanito Osuna* y *Las visiones*, que consisten en un largo monólogo del personaje principal sin intervención de narrador. El personaje del primero pertenece a un ámbito culto y el del segundo, a un ambiente popular. Pero en ambos se aprecian las imprecisiones propias del lenguaje oral. Así, en *El amor propio de Juanito Osuna*, se pueden apreciar contradicciones o frases inconclusas como “[...] 22 batidas en treinta días es un disparate. Fallan los nervios, se altera el pulso...” (Delibes 2006: 403). Igual que en *Las visiones* se aprecian repeticiones y faltas de concordancia, aunque pertenecientes ya a una variedad lingüística mucho más vulgar: “Pues el Mariano no está. A ver. Como dijeron ustedes de nueve a diez, se llegó donde el amo a dar de comer al ganado. Ya le conocen; no puede parar quieto. A las seis ya andaba de pie; va y me dice: «Me subo donde el amo a echar de comer al ganado»” (Delibes 2006: 471).

En esta colección se mezclan cuentos contextualizados en un ambiente rural con otros situados en un entorno urbano. Y, en ambos tipos, el narrador usa una variedad formal

similar. Sólo hay dos ejemplos, *La fe* y *La perra*, donde se aprecia en el narrador cierta voluntad de embellecer el lenguaje al realizar descripciones, abundantes en estos dos relatos, en las que eleva su expresión por encima del lenguaje estándar. Así en *La fe*, el narrador describe: “En el rincón había un rejujo de ropas que latía, un rejujo hermético e impenetrable” (Delibes 2006: 429). Y, así también, en *La perra*, nos enseña el paisaje: “La ladera se desplomaba en cárcavas profundas hasta el cauce del río, que rebrillaba al fondo entre dos hileras de chopos moribundos” (Delibes 2006: 457).

Sólo en uno de los relatos, *La mortaja*, se puede apreciar en el narrador una asimilación del habla del personaje y una asunción de su punto de vista en las descripciones que realiza: “Al niño, su padre muerto le parecía un gigante. [...] Dijo el Senderines: -Decía el doctor que sólo se mueren los flacos” (Delibes 2006: 391-392).

En otro caso, el del cuento *El conejo*, el narrador asimila su habla a la de los niños protagonistas, con la voluntad de que no se rompa en el lector el hilo de los pensamientos y expresiones infantiles. Y esto se consigue con oraciones cortas y un vocabulario sencillo (Delibes 2006: 443):

- El conejo que nos dé Boni criará conejos pequeños y cuando tengamos muchos le daremos uno a Ficu.
- Sí –decía Adolfo.  
Boni, el herrador, aunque miraba para los chicos, siempre acertaba en el clavo.

Las diferencias que se suelen apreciar entre la caracterización lingüística de los personajes urbanos y la de los rurales ya están patentes en esta colección. Delibes ha perfeccionado en gran medida el estilo propio de cada personaje acorde a su condición. Así, mientras Ague en *El sol* se expresa como corresponde a su condición acomodada: “-No estoy dispuesta a que me ocurra lo del año pasado ¿sabes? [...] Me sorprendió la «party» de los Gil de Veguía toda cruda, blanca como una oficinista; un asquito” (Delibes 2006: 435); el hombre bajo y mísero de *La perra*, ubicado en una zona rural, describe así la última acción de su querido animal: “-El animal aguardó a que yo me pusiera a orilla suya. Tan rígida estaba haciendo la muestra que habría podido sentarme en ella. [...] Yo la dije «vamos». Y entonces la «Loy» se arrancó. ¿Oyes bien? El animalito no se arrancó en tanto yo no le dije: «vamos»” (Delibes 2006: 463).

En cuanto a la colección *Tres pájaros de cuenta y tres cuentos olvidados*, publicada en 2003 pero constituida por cuentos de años anteriores, el lenguaje empleado es estándar incluso en el cuento titulado *La vocación*, de ambiente rural. Este cuento, a pesar de no ser el único ambientado en una zona rural, sí es el único de esta colección que presenta personajes

autóctonos de dicho lugar. El subgrupo compuesto por *Tres pájaros de cuenta* también se ubica en un paraje natural, no obstante, el autor manifiesta que los personajes son sus propios hijos y él mismo junto a algún otro miembro de la familia. Por lo tanto, no es extraño que la caracterización lingüística no se corresponda con el ambiente descrito. El hecho de que ninguno de estos cuentos posea una caracterización lingüística propia del medio rural, puede responder a que fueron creados en una época en que Delibes aún no pretendía una caracterización lingüística tan fidedigna de este entorno. El lenguaje empleado en el resto de cuentos, *El otro hombre* y *Bodas de plata* sí se corresponde con el ambiente urbano en que se desarrollan.

Si bien la colección como tal aparece publicada de forma completa en 2003, los cuentos que conforman *Tres pájaros de cuenta*, ya fueron publicados en 1982, por tanto, la confección de los cuentos de esta colección se encuentra dispersa a lo largo del resto de la producción de Delibes. Un ejemplo de este lenguaje estándar que caracteriza a la colección es la siguiente descripción sacada de *La grajilla*: “Paulatinamente el pueblo se le iba quedando pequeño a la grajilla que, en su avidez descubridora, empezó a acompañar a mis hijos en sus excursiones, fatigosas caminatas de veinte o treinta kilómetros” (Delibes 2006: 510-511). En estos cuentos, la diferencia entre el habla del narrador y la del personaje es ínfima.

En conclusión, se puede apreciar cómo la creación de cuentos ha permitido a Miguel Delibes experimentar con diversos elementos y, en concreto, con los recursos expresivos de sus personajes, y comenzar a dar forma a modos de expresión que aparecerán ya totalmente conseguidos en sus novelas de etapas posteriores. No obstante, teniendo en cuenta la escasa evolución que permite el corto período en que creó todos estos relatos, de 1948 a 1963, y considerando la breve extensión de los mismos, es significativo el hecho de que ya aparezcan totalmente trazadas las características del soliloquio en *El amor propio de Juanito Osuna* o *Las visiones*; del habla de los niños, en *El conejo* o *La mortaja*; las diferencias entre el habla del personaje rural y el urbano, como por ejemplo en *El sol*; e, incluso, el inicio de la asimilación del lenguaje del narrador al de los personajes, como ocurre en *La mortaja*. Los cuentos de Delibes son, por tanto, una rica mina de la que el escritor ha sustraído muchos de los recursos y temas que han caracterizado la globalidad de su producción.

## Referencias

DELIBES, M. 1987. *La mortaja*. Edición, introducción y notas de G. SOBEJANO. Madrid: Cátedra.

DELIBES, M. 1994. *Premio de Literatura Miguel de Cervantes 1993*. Ministerio de Cultura.

DELIBES, M. 2006. *Viejas historias y cuentos completos*, Gustavo Martín Garzo (ed.).

Palencia: Menoscuatro.